



GATO CON SANGRE DE RATÓN

Luis F. Durán

GATO CON SANGRE DE RATÓN



Primera edición: febrero de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Luis F. Durán

ISBN: 979-13-87612-56-6

ISBN digital: 979-13-87612-57-3

Depósito legal: M-4144-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedico este libro a todos aquellos compatriotas que han sufrido a manos de algún delator en Cuba, ya sea en su barrio, en el trabajo o en el obligado «delinquir nuestro de cada día», donde individuos y familias enteras, sufren el acoso de las autoridades y de agresivos chivatos que lamen la bota de sus jefes, y abusan de las inocentes víctimas del sistema, especialmente diseñado para descabezar todo intento de libertad o acción que atente contra el poder absoluto del estado. También a todos aquellos que cumplen prisión política, especialmente a nuestras bravas heroínas libre pensantes, así como a nuestro forzado y sufrido exilio en decenas de países del mundo.

Quisiera, además, agradecer a quienes me prestaron su invaluable colaboración en la edición y preparación de este libro. Siguiendo exactamente mi naturaleza emprendedora, un tanto impaciente e independiente, decidí salir una vez más al ruedo de la crítica abierta, sin capa ni espada. Me creo un pilar anticomunista y un eterno amante de nuestra isla, nuestras costumbres y tradiciones, y sobre todo, de nuestra verdadera historia, héroes y sacrificios. Quisiera, en vida, ser testigo de la ansiada redención que todos merecemos.

También deseo enviar un saludo cordial a todos los cubanos, y en especial a mis amigos holguineros. Es la nostalgia por Cuba y por mi Holguín, la que me motiva a escribir. Ojalá y que mis historias les resulten amenas e interesantes. Les advierto que vienen más. Eso es lo que me alimenta: un futuro digno para todos los cubanos.
Muchas gracias.

Capítulo I:

Génesis de un soldadito de plomo

Delio no había tenido una infancia feliz. Nació en el seno de una familia rota. Su padre, conocido por Tonito, tenía una pequeña finca con animales y siembras, en el pueblo de Fray Benito, cerca de Gibara, al nordeste de Cuba. Para entonces ya vivía con su mamá en la ciudad de Holguín desde que ella un día, decidió irse y no regresar a casa con su esposo, en 1962. Delio tenía solo trece años. Ya había acabado el sexto grado y se vio obligado a cambiar de escuela, de casa, de barrio y de amiguitos.

Cristina, su mamá, se buscaba la vida en un bar de la ciudad los fines de semana, donde además de servir tragos y vender flores o cigarrillos, a ratos bailaba o conversaba con algunos clientes que le pagaban unos pesos extra por su compañía. Esto lo hacía a escondidas de las autoridades, porque hasta un inocente baile, aún sin elementos sensuales, había sido recientemente prohibido en todos los bares públicos cubanos. También lo hacía, por supuesto, sin contárselo a su marido.

Ya hacía más de un año que ella trabajaba en la ciudad, intentando independizarse de una vida de maltratos y esclavitud por parte de aquel viejo que ella odiaba. Y había logrado conseguir la estabilidad que necesitaba, para poder dar el paso supremo de emanciparse, pudiéndose librar de las golpizas que le propinaba Tonito, cada vez que llegaba pasado de tragos y atiborrado de celos.

Ya ella casi ni recordaba por qué estaba casada con su marido. De muy joven, la mujer de Tonito había muerto en un accidente y ella comenzó a trabajar en su casa, después de una larga conversación que aquel tuvo con su papá en la sala, recién muerta su mamá. Su padre había contraído una deuda con Tonito y no tenía cómo pagársela, por lo que, apenas siendo una adolescente, ella empezó a trabajar gratis en su casa.

Limpiaba todo dentro de la vivienda y en el patio, alimentaba a las gallinas y barría las hojas. Lavaba y tendía las ropas, las remendaba, planchaba y también cocinaba para él. Todo fue bien hasta una tarde en que él, borracho, como de costumbre, la conminó a arrodillarse en la sala, la cogió por el pelo y la obligó a bofetadas a hacerle cosas, mientras le gritaba ¡abre!, ¡abre!, y le hacía mover su cabeza.

Tuvo que dejarse hacer aquello muchas veces, por miedo. Ella sabía que no formaba parte de sus obligaciones en casa de Tonito, pero lo hacía por su papá. Mantuvo todo en silencio hasta que, después de unos dos meses, un día Tonito, también ebrio, la desnudó de forma violenta y la violó. Aquella tarde, ella se lo contó todo a su papá, quien fue muy airado, casi corriendo a encarar a Tonito.

Dos horas después regresaron a su casa, ambos a caballo y con una vaca a remolque. El papá le dijo:

—¡Recoge tus cosas que te mudas esta misma tarde!

Así fue su ceremonia de bodas. Tonito se la llevó en su caballo y no la dejó dormir en toda la noche, haciendo cuanta puercada se le ocurrió hacerle. Ella se arrepintió una y mil veces de haberle contado todo aquello a su papá. Antes estaba mejor que ahora, teniendo que vivir obligada con aquel viejo abusador.

Tiempo después quedó embarazada y llegó Delito. Por eso Cristina estuvo más de doce años aguantando, paciente y obedientemente. Hasta muchas veces, siendo Delio ya grande, él la tomaba por la fuerza, a su antojo, en la sala, en el cuarto, en el piso o en la misma cocina, delante de él, quien se fue acostumbrando a correr llorando al cuarto, cuando empezaba cada uno de aquellos espectáculos violentos.

La noche en que se fueron definitivamente, ella había sufrido una suprema paliza, pues Tonito le revisó el cuello y le encontró una marca que parecía un moretón. Ella no lo había traicionado con ningún hombre, pero allí en su cuello estaba aquella marca de origen desconocido. Tonito se encargó de hacerle unas cuantas más por todo el cuerpo, hasta que totalmente ebrio, se tumbó en el sofá y se durmió.

Veinte minutos después, ella llegó a la piquera de máquinas de alquiler y contrató a un chofer para ir hasta Holguín. Traía a Delito casi arrastrado de la mano, cargando una pequeña maleta de cuero con las cosas que pudo juntar a la carrera: ropas de ambos, los libros del niño, su juego de anillos, collar y aretes de oro y dos pares de zapatos. También cogió los 380 pesos que Tonito traía en su bolsillo. Ella se los merecía.

Se hospedaron en una pensión que Cristina había usado algunas noches, cuando trabajaba hasta muy tarde y no encontraba transporte para regresar a casa. Era un cuarto pequeño, pero bien barato, solo 16 pesos por mes, con un baño compartido con el cuarto al otro lado. Contaba con un gavetero con espejo y un armario, que tapaba la mitad de la ventana que daba al patiecito. Una cocina pequeña y la mesa completaban el apartamento. Aquella iba a ser su morada por los próximos tres años.

Ella consiguió otro trabajo sirviendo mesas en una fonda durante los días de semana. Allí comenzaba a las 11 a. m., para el

almuerzo y acababa a las 7 p. m. Los viernes, sábados y domingos, continuaba haciendo su turno de 9 p. m. hasta que acabara, usualmente a la una o las dos de la madrugada, en el bar del chino Joaquín.

Delio pasaba casi todo el día sin supervisión. Después que tomaba su desayuno y se despedía de su mamá, salía caminando para la escuela con un par de amiguitos de la cuadra, Denis y Germancito.

Cristina, muchas veces volvía a acostarse entonces, para al menos completar seis o siete horas de sueño antes de volver a sus faenas. Ella era joven y fuerte. Contaba con aquella seguridad y determinación tan necesarias para sobrevivir siendo ahora una madre soltera. Creía tener lo necesario para vivir, sin embargo, su hijo se estaba criando prácticamente en la calle y cada vez su radio de acción se iba expandiendo más y más.

-§-

Delio regresaba de la escuela después de la 1 p. m., y comía lo que encontraba en el viejo refrigerador a queroseno. Casi siempre Cristina llevaba algunas raciones de la fonda y con eso cenaban y sobraba para que Delio almorzara al día siguiente. Otras veces, cuando no había nada en casa para llevarse a la boca, él pasaba por la fonda a ver si mami le podía dar algo. Ella le servía una comida completa que, solo cuando el dueño estaba, pagaba los 25 centavos, de su magro salario de tres pesos y cincuenta centavos al día. A veces, algún comensal generoso le dejaba unos kilos extra como propina.

Durante las primeras semanas luego de su mudanza, Delio regresaba a la casa y pasaba las tardes jugando y corriendo con sus amigos de la cuadra. Ya con los meses, comenzaron a ir a otras

cuadras a jugar pelota callejera o montar en bicicleta. Allí aprendió muchas cosas nuevas para él, y con frecuencia acababan buscando alguna bronca que casi siempre terminaba en llanto o con algún ojo hinchado, antes de la consiguiente carrera de «paticas pa qué te quiero». Cuando el pleito era en su cuadra, entonces eran ellos quienes hacían correr a los demás, con él a la cabeza.

Él se había convertido en líder y defensor de los muchachos de su entorno y de otros más pequeños que venían a jugar. Con el tamaño que tenía, era respetado por todos, y hasta por algunos de 15 y 16 años. Rara vez buscaba problemas, pero no admitía abusos o injusticias. Tampoco le gustaban los tramposos que querían ganar violando las reglas del juego. Varias veces acabó él mismo corriendo detrás de algunos de aquellos hasta sacarlos de su territorio.

Y así fue, que una tarde después de muchos meses en Holguín, almorzó en la fonda, y en vez de regresar a su casa, tomó la calle Máximo Gómez en la otra dirección y fue a dar a la Plaza del Mercado. Allí, por primera vez vio más gente reunida que en la terminal de Crespi, donde cogía los ómnibus y máquinas cuando venía a la ciudad. Allí en aquella plaza, se encontró con un vecino suyo, llamado *Yeyo*, que siempre andaba asustado y miraba a todos de forma desconfiada.

El negro Yeyo vivía en una casa interior cerca de la esquina. Aquella tenía una verja y un pasillo largo, y no contaba con un portal como las demás casas del barrio. Él nunca había entrado por aquel angosto pasillo, porque decían que el perro pastor de Yeyo era muy bravo y mordía. Algunas veces lo había escuchado ladrar, y de verdad que daba miedo.

Yeyo, después de su trabajo, todas las tardes, hasta que oscurecía, solía sentarse en un taburete, recostado a un poste en la acera, y tenía muchos amigos que lo visitaban frecuentemente. Entraban

con él a su casa y casi siempre salían riendo contentos. Era un misterio para Delio y sus amiguitos, como aquel prieto de cara de pocos amigos por el día, tuviera tantos de noche.

Él lo veía salir en la mañana para su trabajo, casi a la misma hora en que esperaba a Denis y Germán para irse a la escuela. Ellos le habían dicho que creían que Yeyo era negociante o vendedor, pero no sabían dónde trabajaba. Eso sí, siempre andaba bien afeitado y vestido de limpio, con su camisa almidonada y bien planchada.

Pues al primero que se topó en la plaza, fue a Yeyo sentado en otro taburete de cuero en la esquina. Detrás de él, en la pared, estaban desplegados diferentes cuadros y pinturas. Pero estos eran solo una fachada. Él vendía números y listas de la lotería, que ahora ya era otra actividad prohibida por el gobierno, pero aparentemente muy lucrativa y también, lo único que él sabía hacer.

Pasaba el día entero en aquel taburete, hasta las siete de la noche y después que salía de allí, se bañaba y se sentaba en el taburete del poste de la esquina, a servirle a sus clientes del barrio. Se arriesgaba a ir preso si lo cogían. Yeyo lo reconoció de la cuadra y lo llamó.

—Tú eres el hijo de Cristina, ¿cómo te llamas? —le preguntó.

—Me llamo Delio. Y tú eres el del pastor alemán, de la esquina. ¿Es grande?, ¿de qué tamaño es?

—Es como así —dijo Yeyo poniendo su palma como a 45-50 centímetros del piso.

—Mi papá tiene dos, Yeti y Terry. Yeti es la madre de Terry, pero ya son del mismo tamaño y hasta tuvieron ocho perritos entre ellos dos. ¿Es aquí que tú trabajas?

—Todos los días de esta vida, mijo; ¿cómo me dijiste que te llamabas?

—Mi nombre es Delio. Mis amigos me dicen Delito, pero a mí no me gusta. Dicen que tengo una mente criminal. Parece que es porque siempre me meto en problemas, pero la mayoría de las

veces estoy evitando broncas entre los demás o defendiendo a los más chiquitos. Nunca he cometido ningún delito. Solo hablo alto y aparento guapería, pa que me respeten más.

—Oye, Delito, ¿y cuántos años tienes? ¿Quince?

Delio era un niño bien alto para su edad. Con catorce años, aparentaba estar en plena adolescencia. Medía más de cinco pies y aunque bien delgado, era bastante musculoso.

—Sí. Tengo 15 —le mintió.

—Y ¿trabajas en algo después que sales de la escuela?

—No. Pero me gustaría trabajar y ganarme alguna plata.

—Ya está —le dijo Yeyo—, te tengo conseguido un trabajito. Pa que empieces mañana.

—¿Y qué tengo que hacer? —le preguntó curioso.

—Mañana te explico. No es nada difícil. Te veo a las dos. ¿Ta bien?

—Sí. Está bien. Nos vemos mañana aquí mismo.

Delio no podía creer que podría empezar a trabajar y ayudar a su mamá. No sabía lo que era, pero estaba seguro de poder hacer cualquier cosa. Ya él sabía ordeñar vacas y pastorear ovejas. Hasta le había ayudado varias veces a su papá a matar y limpiar puercos, a herrar el caballo y a descuerar chivos en la finquita. También sabía sembrar yuca y maíz y guataquear las malas hierbas.

Él había crecido trabajando y muchas veces recibía cocotazos y cintazos, por no poner la cabeza en lo que estaba haciendo. Una vez, por dejar la vaca suelta un momento, después de apoyarla con el ternero, la vaca se mamó toda su leche ella misma. Su papá se sacó el cinto y le dio una pela, que no iba a olvidar nunca en su vida: de solo acordarse le dolían las nalgas.

Continuó caminando por aquella plaza, pensando curioso, en qué tendría que trabajar. Pasó por un puesto de sándwiches, donde

el vendedor cortaba en pedacitos las masas junto con los pellejos tostados del puerco asado, y luego de echarle un poquito de sal, les colocaba un par de ruedas de tomate y una hojita de lechuga encima, cerrando el pan. Él había comido mucho puerco asado, con arroz y frijoles, pero nunca así, con pan. Se dijo que en cuanto ganara dinero en su trabajo, iba a comerse uno de aquellos.

Había otro señor mayor, enrollando hojas de tabaco secas, y las cortaba con una precisión y una rapidez, que Delio miraba a sus dedos, asombrado de que él no se los cercenara.

Una niña mulatica, de unos quince años, muy bonita, lo miró pasar desde un puesto de revistas y flores. Él intentó sostener su mirada, pero no pudo. No podía negar que le gustó, pero se preguntaba cómo podía hacer para hacérselo saber. Aunque él aparentaba tener 16, por su tamaño, nunca había tenido una noviecita. Pero estaba casi listo para empezar.

Continuó de largo, observando aquel nuevo mundo del comercio que acababa de descubrir. Pensó que podía hacer cualquiera de aquellos trabajos. Un vendedor de artesanía exhibía unos muñecos tallados en madera y unas virgencitas de yeso, pintadas con colores muy llamativos. Otros exponían sus frutas y verduras. Había de todo allí, hasta helados. Le gustó mucho aquel lugar. Quería que llegara la próxima tarde para saber lo que le iba a tocar hacer. Se sentía confiado de poderse desempeñar en cualquier trabajo.

Cuando regresaba, por la acera del frente, miró y miró fijamente a aquella morenita preciosa, pero ella estaba ocupada y ni lo notó. En eso tropezó y se cayó. Delante de él estaba un señor mayor, que olía a rayos. Él, por no ir mirando hacia el frente, había dado un traspie con el trapeador que aquel hombre usaba para limpiar el piso de un baño público que había allí. Y se ensució las manos con aquella frazada de trapear asquerosa.

—¡Mire por dónde camina, jovencito! —le dijo el señor en tono de reproche.

—Discúlpeme, señor —le contestó él.

Se levantó de prisa y salió de allí sin mirar hacia los lados, casi corriendo. Mientras iba rumbo a la casa, pensó, que aquel trabajo del viejo era el único que él no quería hacer nunca en su vida.

Se dio un baño de una media hora, para desinfectarse. Por la otra puerta de aquel baño compartido, la vecina o su hija, le tocaron impacientemente, dos veces. Él se entretuvo más de la cuenta, pensando mientras se bañaba, en aquella mulatica que le había despertado un apetito diferente y lo hacía querer tocarse sus partes enjabonadas y excitadas. Aquella mulatica le había gustado. Sintió de nuevo un ruido en la puerta y salió del baño enseguida, descubriendo el pestillo interior antes de hacerlo.

Esa noche ni le habló a su mamá del asunto de su trabajo. Quería probarlo primero. Se durmió meditando cuánto iría a ganar y dónde iba a esconder sus ahorros. Esa noche soñó con que estaba nadando y chapoteando en medio de una gran piscina de orine y un viejo que lo apuntaba con el dedo, riéndose a carcajadas.

Ni siquiera prestó mucha atención a sus clases al día siguiente. En su casa había frijoles y un tamal con carne de puerco. Se comió aquello frío; no quiso perder tiempo encendiendo el fogón. Sus amigos lo convidaron a jugar al básquet en un aro que se estaba cayendo, en el solar vacío, pero él les dijo que iría a almorzar al trabajo de su mamá. Era viernes. Ella llegaba y se bañaba corriendo para irse a su otro empleo, o sea que él podría tardar trabajando todo cuanto fuese necesario. Él no la vería hasta bien tarde en la mañana del sábado.

Llegó temprano al sitio de Yeyo y él no estaba. Había un borracho sentado en su taburete con una botella de aguardiente y le dijo

que lo esperara, que solo había salido un momento. Como a los diez minutos Yeyo llegó.

De entre sus papeles y cuadernos de anotaciones, sacó una hoja en la que tenía, bastante bien dibujado, un mapa de la ciudad. Le mostró una cruz, que indicaba el lugar donde ellos estaban en la plaza. De ahí le señaló un punto, cerca de La Loma de la Cruz, un cerro que limita a la ciudad por el norte, que tiene una escalinata y una gran cruz en la cima. Su primer trabajo sería llevar y entregar un cartucho de papel a un cliente llamado Pedro. El número de la casa era el 131 de la calle Cervantes.

Yeyo le dijo:

—Fíjate bien, no puedes abrir este paquetico y trátalo con cariño, que vale oro. No te detengas en ningún sitio, ni hables con nadie. Da dos toques en la puerta, una pausa y das tres más. Pedro te va a entregar otro paquetico y tú me lo traes. Yo te voy a pagar un peso por cada entrega. Si son dos entregas cercanas, 1,50. Dando y dando cuando me traigas mi mercancía. Llegas y te sientas en la acera del frente, hasta que yo te haga una seña. Si yo saco la lengua, vete para tu casa y yo te veo más tarde allá en la esquina. Y oye bien esto: tú a mí no me conoces. Nadie te va a parar, pero si alguien te llama o te pregunta, eso es un encargo de la farmacia. Nada más. ¡Dale!

Aquello era un trabajo fácil. Solo por caminar unas cuantas cuadras, se iba a ganar un peso entero. Su mamá ganaba 3,50 por servir y limpiar mesas por ocho horas seguidas. Se imaginaba que pronto se iba a poder comprar una bicicleta y le iba a resultar muy fácil aquella faena. Iba a mantener el secreto, pues no quería que nadie interfiriera en su nuevo empleo de mensajero.

Y sin pensarlo dos veces salió a hacer su primera encomienda. Todo fue de acuerdo con lo previsto. Cuando regresó, se acercó

a Yeyo solo después que este lo llamó. Le entregó el cartucho y recibió su pago. Ese día no iba a haber otras entregas, por lo que decidió pasar frente al puesto donde trabajaba la mulatica bonita. Sintióse ya un hombrecito, con un trabajo y todo, se detuvo allí a mirar una revista.

—¿Cuánto vale? —le preguntó, a pesar de haber visto el precio en un cartelito.

—Solo diez centavos. ¿La llevas?

—No, hoy no. Solo llegué para conocerte. Soy Delio ¿Y tú?

—Ángela —respondió ella—, pero me dicen Angelita. ¿Vives por aquí?

—Vivo en la calle Cardet, pero trabajo aquí. Soy mensajero.

—¿Llevas mensajes a las casas?

—No, hago entregas de medicinas.

Él se acercó más y aprovechó para mirarle el cuerpo y las piernas a ella, y le gustó aún más aquella cinturita bien ceñida con una faja ancha. Ella se dio cuenta.

—¿Tú eres la dueña de este puesto? —indagó Delio.

—Mi mamá es la dueña. Ella tiene otro por la terminal de ómnibus.

—Bueno, otro día conversamos —le dijo él, viendo que una pareja de clientes necesitaba ayuda de ella—. Hasta mañana, Angelita.

Regresó a su casa. Se sentía tan feliz que se olvidó de comprar-se aquel sabroso sándwich de pan con lechón que tanto quería probar. Sería otro día. En su lugar, había conocido a una verdadera «angelita» que vendía flores y revistas. Mientras se duchaba, de nuevo pensando en ella y tocándose, volvió a sentir ruido y alguien cantando del otro lado de la puerta que daba para el cuarto contiguo.

Pasaron unos días y ya se fue acostumbrando a su nuevo empleo. Se iba conociendo casi todos los barrios de la ciudad. Él no

quería trabajar los sábados y domingos, porque su mamá estaba por el día en la casa y en la mañana, él la ayudaba a lavar y exprimir las sábanas y toallas, y también le echaba una mano con la limpieza del piso y raspando el tizne de los trastes de la cocina. Y después que almorzaba, se iba a jugar con sus amigos. Todo no podía ser trabajo. Además, ya Yeyo le había dicho que él tenía a alguien que trabajaba los fines de semana desde hacía muchos meses y que no lo iba a necesitar esos días.

El negocio iba prosperando. Tuvo dos días de dos entregas y un viernes de tres. Hubo también un día en que, al parecer, no hicieron ningún pedido. Ya se había comido dos sándwiches de aquellos de puerco asado con tomate y había ahorrado ocho pesos. Los escondía dentro de un libro que guardaba debajo de las ropas en su gaveta. Su mamá no le andaba registrando en sus cosas. Sabía que ya era hora de contarle a ella que tenía un trabajo, pero no se decidía a hacerlo. Algo le decía en su interior que no se lo dijera todavía. Yeyo le preguntó sobre eso y él le explicó que su mamá se iba a preocupar mucho, que mejor no le diría nada por ahora.

Iba a visitar a Angelita casi todos los días y sentía que él le gustaba a ella también. A la siguiente semana, la invitó a tomarse un helado y después se sentaron un poco en el Parque San José. Estuvieron conversando de ellos mismos un buen rato. Ella, de su papá, que se había ido para «el norte» hacía dos años por problemas con el nuevo gobierno. Él, sobre sus aventuras de caza en la finca del suyo. Ella tenía 15 años y dejó de ir a la escuela para poder ayudar en el negocio de su mamá. Y en eso estaban cuando Angelita tuvo que salir casi corriendo para su casa, al darse cuenta de que el gran reloj de la iglesia del parque acababa de sonar siete veces y ya casi oscurecía.

Delio se sentía completamente embobado. Pensaba y pensaba en qué le iba a decir, antes de intentar darle un beso. No creía que

darle un empujón y cogerla por el pelo, como había visto hacer a su papá con su mamá varias veces, iba a ser la manera más correcta. Tenía la idea de decirle algo tierno y romántico, pero no sabía cómo empezar. Pensaba también, que era posible que a ella le gustara que él le robara un beso. «A las hembras les gusta que el varón tenga la iniciativa», meditó sonriente.

Pues a la siguiente semana, cuando ella cerró su estanquillo, fueron a dar casualmente al mismo banco del parque, y él le tomó las dos manos e inclinándose un poco sobre ella, sin darle tiempo a esquivarlo, le dio un beso en la boca, casi obligado. Ella no le correspondió y trató de voltear la cara. Estaba enfadada. Le preguntó en mala forma, si se había vuelto loco. Él intentó disculparse e hizo por cogerle una mano, pero ella se puso de pie y se echó a correr hacia su casa, llorando.

Delio quedó desconcertado. Su cabeza le daba vueltas. No podía entender aquel rechazo. Estaba seguro de que le gustaba a ella, tanto como ella a él. Pensó que era posible que su toma de iniciativa hubiera sido muy brusca. Tendría que planear otra estrategia menos forzada. Se fue anonadado a su casa. No quiso bañarse. No tenía hambre. Se sentía con cierta rabia por aquel rechazo inesperado.

Se pasó tres días sin ir a ver a Angelita a su puesto de trabajo. Tenía miedo de enfrentarla. Pensó que era mejor darle un tiempo para que se calmara.

Y exactamente un viernes por la tarde, un mes después de que empezó a trabajar, después de concluir una entrega por Vista Alegre, Yeyo le dijo que había una segunda. Esta vez le tocó volver a la casa de aquel Pedro, en la calle Cervantes número 131, donde hizo su primera entrega. Él llegó y tocó a la puerta, y quien le abrió fue un policía. Y también se dio cuenta, de que el hombre que había

visto fumando en la esquina, estaba justo detrás de él. Poniéndole un brazo por encima del hombro, le dijo:

—¡Entra, que te agarramos! ¡Dame eso que traes ahí!

Él obedeció confundido y fue conducido hasta la cocina. No sentía miedo. Le parecía que podría haber alguna equivocación. Por si acaso, se dijo, iba a seguir las instrucciones de Yeyo.

Allí en una mesa estaba Pedro, sentado hablando con otra mujer policía. La mujer se dirigió a él:

—¿Cómo te llamas?

—Delio —contestó él.

—¿Y qué es lo que trajiste en ese paquete?

—Pues yo no sé. Creo que son medicinas para Pedro —dijo Delio, señalando a Pedro con su barbilla.

—¿Y quién se las manda?

—Creo que son de una farmacia. Un hombre en la plaza del mercado me preguntó si quería ganarme un peso, y yo le dije que sí. Me dio el paquete y esta dirección. No sé ni cómo se llama el tipo —mintió Delio, un tanto asustado.

—¿Cómo es el sujeto? —le preguntó la mujer.

—Alto, blanco, de bigote y andaba con una mujer —volvió a inventar Delio.

—¿No es este? —le preguntó la policía mostrándole una foto de Yeyo.

—No. Pero a este sí lo conozco. Vive en la esquina de mi casa. Se llama Yeyo.

—¿Y estás seguro de que no fue Yeyo quien te dio ese paquete para entregárselo a Pedro?

—Sí, estoy seguro —respondió Delio con aplomo.

—¿Y el hombre te pagó por adelantado? —le preguntó el otro que vestía de civil.

—Sí —respondió Delio sacándose el billete que tenía en su bolsillo.

—¿Qué edad tienes, Delio? ¿Dieciséis? —le preguntó el policía uniformado.

—Sí. Los acabé de cumplir el 23 de octubre —le respondió Delio.

Los policías lo contemplaban con caras de saber que Delio les estaba mintiendo, sin entender realmente por qué mentía, y a la vez, asombrados de su ecuanimidad. En realidad, a fuerza de hacerlo, ya había aprendido a mentir con tremenda sangre fría y sin demostrar miedo o nerviosismo. Desde pequeño se había librado de unas cuantas palizas y pescozones de sus padres, precisamente mintiendo. Sabía cómo hacerlo.

Lo llevaron para un cuarto trasero y lo sentaron en la cama. Le dijeron que no se moviera de allí y cerraron la puerta. Se reunieron de nuevo en el comedor para determinar cómo iban a proceder. Después de unos 20 minutos, lo fueron a buscar.

Al regresar a la cocina, Delio no pudo contener su asombro, y en su nerviosismo, solo alcanzó a esbozar una mueca de confusión. Al lado de Pedro, estaba sentado nada menos que Yeyo. Él, ahora sí que no estaba entendiendo nada.

La mujer le dijo:

—Delio, yo soy la mayor Blanca Contreras, jefa de la nueva unidad de operaciones encubiertas de la policía en todo el municipio Holguín. Ellos son el primer teniente Santiago y el teniente Figueroa. Pedro y Yeyo, como puedes ver, trabajan con nosotros como colaboradores. Son civiles, pero se han ganado un lugar en nuestro equipo. Resulta que nosotros te hemos estado haciendo una prueba durante estas cuatro semanas y has pasado todo con calificaciones sobresalientes. Sabíamos ya muchas cosas de ti, pero nos has impresionado mucho en las últimas dos semanas y especialmente hoy.

La mayor Blanca continuó.

—Nos sería muy necesaria tu colaboración. Es algo así como un trabajo que te estamos ofreciendo, pero que, siendo menor de edad aún, no debemos hacerlo, por lo que precisamos que nos respondas con toda sinceridad. Vas a seguir haciendo lo que estabas haciendo y ganando lo mismo, por el momento. El doble de esa cantidad se te va a ir depositando en un fondo de ahorros para tu futuro. Se te entregará cuando seas mayor de edad. No hay ningún peligro para tu vida o tu seguridad personal. Aunque no lo vas a notar, alguien va a estar protegiéndote siempre que sea necesario. Tu trabajo será informarnos. Solo eso. Dinos, ¿qué tú crees?

Delio no conseguía salir de su sorpresa. ¿Sería que estaba soñando? Comenzó a atar cabos, al recordar que Yeyo en realidad, se pasaba todos los atardeceres de su vida, sentado en aquel taburete y recibiendo amigos. Él hacía los pagos a los clientes ganadores en las apuestas del día luego del sorteo de las 7 de la noche.

Yeyo siempre los estaba mirando cuando ellos jugaban en la cuadra, si se fajaban o discutían, pendiente de todo lo que hacían y estudiando a cada uno de ellos: él era un informante de la policía. Él había notado que Delio se criaba de forma independiente, pues su mamá trabajaba todo el tiempo. Había notado el liderazgo del muchacho y su actitud segura y decidida entre sus compañeritos de juego. Había sido testigo de las veces que ellos llegaban corriendo de otros barrios, porque se habían metido en algún problema y que era Delio quien les daba órdenes e instrucciones a los demás. Sabía siempre lo que hacer y cómo hacerlo.

Y ahora se veía allí entre adultos que querían que fuese parte del trabajo encubierto de las fuerzas policiales. Tenía muchas preguntas que hacerse, pero decidió ir poco a poco, y mirándolos a cada uno por un instante, les preguntó:

—¿Y ustedes van a hablar con mi mamá de todo esto?

Ellos le respondieron enseguida que no. Que para tener éxito necesitaban un total y absoluto secreto. Todo iba a ser tan discreto, que nadie, y sobre todo, ninguno de sus amiguitos, familiares o conocidos, podían saber nada. Que él iba a formar parte de un pequeño grupo en toda la provincia oriental, que se iba a dedicar a especializarse para ser agentes del gobierno y contribuir con la seguridad del estado cubano.

También le comunicaron que en el futuro iba a desempeñar misiones muy importantes, incluso en otras ciudades del país, pero que ahora, iba a ser entrenado en cómo hacerlo. Le dijeron, que él seguiría estando a prueba, por lo que debía ser disciplinado en todo momento, pues ellos lo estaban evaluando y que podía sentirse ya, como «un joven soldado de la revolución».

Hacía casi cuatro años que acababa de triunfar la revolución rebelde de Fidel Castro. Un grupo de soñadores que estuvieron alzados en la Sierra Maestra había tomado el poder en Cuba y expulsado al dictador de turno, Fulgencio Batista. El nuevo gobierno, había fusilado a miles de «contrarrevolucionarios» y tenían a muchos miles encarcelados por hacerle oposición, o solamente por no estar de acuerdo con las medidas que ellos estaban tomando.

Pero todavía contaban con muchos detractores y enemigos dentro de la población. Había grupos y células antigubernamentales que se decían traicionados por Fidel y su camarilla. Se rumoreaba que ellos eran comunistas, igual que los rusos. Por eso estaban alistando soldados desde muy jóvenes, siendo él, Delio García Enríquez, uno de los primeros en ser seleccionado.

Delio nada sabía de la situación política del país, ni de la revolución, ni de la burguesía reaccionaria, ni del imperialismo yanqui.

Solo sabía quién era Fidel Castro y el Che Guevara. A Camilo Cienfuegos, le había ido a tirar flores a un puente cercano a su casa el año anterior, pero no sabía quién era el Héroe de Yaguajay. Nunca escuchó hablar de la invasión de Playa Girón, ni de la Crisis de octubre, ni de los múltiples fusilamientos que habían tenido lugar en los últimos años. Casi nunca había visto un programa de televisión en su casa, a no ser los muñequitos de los domingos. Su papá solamente lo encendía para ver juegos de pelota y el noticiero. Le gustaba leer, pero había leído muy pocos libros cuando era niño.

Un hermano de su papá, el tío Félix, había estado preso porque decían que había sido «casquito» del ejército. No sabía lo que significaba ser casquito, o lo que había hecho, pero sí sabía que ya lo habían soltado. Su papá, siempre se había ocupado de sus animales y de sus sembrados. No se metía en nada de política. Salía mucho los fines de semana a las peleas de gallos y las carreras de caballos. Siempre llegaba borracho, peleando con su mamá y la golpeaba mucho.

Y ahora estaba frente a un grupo de policías que lo estaban reclutando para ser uno de ellos. No alcanzaba a entender, pero les dijo que sí; que quería continuar trabajando en aquello y que estaba dispuesto a informar y a guardar secretos.

Él ya había guardado algunos de estos. Un día, cuando su mamá andaba por Holguín, él llegó a su casa de la escuela y escuchó unos gritos de mujer en el cuarto de sus padres. Al abrir la puerta, curioso, vio a Nancy, la mamá de su amiguita Vicky, desnuda montando a caballo encima de Tonito. Las tetas le bailaban para arriba y para abajo como unas guanábanas y sudaba copiosamente.

Su papá lo vio antes de que saliera. Después que pasó una media hora y Nancy se fue, entró a su cuarto, donde él estaba haciendo una tarea de la escuela. Lo agarró por el cuello, sin apretarlo mu-

cho, y sin gritarle, le hizo jurar que iba a mantener en total secreto aquello que presenció. Y que nunca más se atreviera a entrar a su cuarto sin tocar a la puerta antes. Lo amenazó con darle la mayor paliza de su vida y con ponerlo a dormir con los terneros hasta que se le olvidara todo aquel asunto. Por eso sabía lo que era un secreto y cómo guardarlo.

Corría el mes de noviembre de 1963. Aquella misma noche, antes de dormir, se puso a recapitular todo lo que le había pasado durante el día. No había visto a Yeyo esa noche en la esquina. Aquel le había dicho, que en ninguna circunstancia podía saludarlo en la cuadra, ni decirle nada a sus amiguitos que lo conocía. Que, como parte de su nueva misión tratara de hacerse buen amigo de Germancito y que fuera a visitarlo a su casa. Nada más.

Se sintió importante. Lo abrumaba y a la vez le gustaba la idea de guardar secretos de los mayores. Pensaba que los adultos tienen muchos secretos y al parecer, no confiaban en otros adultos para que se los guardaran. Buscaban a los niños y a los jóvenes para que lo hicieran. Se juró él mismo, jamás traicionar lo que había prometido a aquellos oficiales, en la casa de la calle Cervantes número 131.

Capítulo II:

La primera misión: Josué

Delio pasó aquel sábado jugando con sus amigos. Desde por la mañana fueron él y Denis a buscar gente para que los ayudaran a arreglar el aro de básquet, en el tronco de la mata que estaba al final del solar yermo, y así, no tener que caminar dos cuadras para poder practicar. Los que iban a jugar en la calle Coliseo, además de ser mayores que ellos, eran pandilleros y una vez hasta los corrieron con una cuchilla.

Un par de hermanos, que vivían al cruzar la carretera central, eran los jefes de una banda que robaban en los patios y asustaban a las muchachitas que andaban solas de noche. Ellos hacían los cuentos de algunas de sus fechorías y de cómo habían asaltado a varias personas y hurtado ropas de las tenderas de los vecinos.

Contaban que los domingos iba un tipo a su barrio y les compraba ropas y cosas que ellos le ofrecieran o se las cambiaba por otras que traía. Hasta relataron que una vez habían amenazado a una pareja que estaban apretando casi desnudos detrás del mercadito del reparto Palomo, y que le habían quitado el reloj al tipo y los zapatos a la mujer. El hombre tenía los pantalones bajados hasta los tobillos y no pudo correr detrás de ellos. Se reían de sus hazañas de pilletes de barrio. Un día, él iba a ayudar a la policía para que los cogieran presos.

Necesitaban una escalera para subirse y Germancito dijo que su papá tenía una. Fueron a pedírsela. El papá de Germán se llamaba Josué. Les prestó la escalera y hasta se ofreció a ayudarlos a arreglar la cancha. Cuando la fueron a coger, la escalera estaba recostada en el muro que cercaba el patio por la parte posterior. En el otro patio había una mata cargadita de mangos a medio madurar. Josué cogió la escalera y la cargó sobre su cabeza él solo. Germán trajo un martillo con la caja de herramientas, tornillos y clavos.

En menos de una hora, ya tenían restaurado el campo de básquetbol. Entre ellos dos recogieron las piedras y arrancaron las yerbas, mientras Josué clavó aquellas tablas con el aro en aquel tronco y hasta podó una rama que interfería con los tiros de lejos. Seguidamente, fueron a buscar a Denis y a todos los amiguitos del barrio. Aquel día se reunieron tantos para jugar, que formaron tres quintetos y todavía sobraba uno. Desde aquel sábado, fue el punto de encuentro de todos los muchachos del barrio, desde diez años hasta 15. Todo el que no fuera un niño mimado de su casa, iba para allá. Le decían, orgullosamente, La Cancha.

Delio ahora se sentía superior a todos los reunidos allí. Seis de ellos, en edad, eran mayores que él, pero ninguno era un agente informante de la policía. Iba a tomarle algunos días para que se le quitara aquel sentimiento de superioridad. Por el momento, era el más alto de todos. Y era el que más canastas convertía, porque muchos tratando de bloquear sus tiros, no le llegaban ni a los codos.

Por lo pronto, ya había logrado fácilmente cumplir una de las primeras instrucciones que le dieron: acercarse a Germán y entrar a su casa. Ya él conocía a Luz, su mamá, pero por primera vez, había visto y conversado con Josué. Era un tipo más alto que él, como de dos metros, y tenía un bigote que parecía un cepillo de raíz, de aquellos de fregar los patios de cemento. Parecía haber

sido un buen jugador de básquet, porque Germán jugaba bastante bien y sabía muchos trucos y jugadas de engaño. «De tal palo, tal astilla», pensó.

Y la semana siguiente, continuó haciendo entregas, como de costumbre, sin recibir todavía ninguna instrucción de Yeyo o de alguno de aquellos oficiales. El jueves, cuando llegó a almorzar a la fonda, su mamá le estaba sirviendo potaje de frijoles negros, arroz y huevos fritos nada menos que a Josué, el papá de Germán. Ella le dijo que se sentara en la misma mesa que él, para atenderlos juntos. Le trajo lo mismo y Delio se preguntó, curioso, qué hacía Josué almorzando allí, a cuatro cuadras de su casa, cuando Luz, su mujer, que era peluquera particular, seguro que cocinaba todos los días.

Él le preguntó si había sido jugador de básquet. Josué tendría unos 35 años. Aparentaba haber sido deportista. Le contó a Delio que jugó en un equipo local hasta que un día, un cazador de talentos lo vio anotar unas canastas y le propuso viajar a Ciudad de México, para presentarlo ante sus dueños, pero él no pudo reunir el dinero para viajar. Y que al año siguiente habían vuelto, pero que para esos días ya Germán estaba en camino y él hasta tuvo que dejar el equipo donde había jugado varios años.

Y Delio se preguntaba cien veces, cuál era el interés de la policía en aquel hombre, que era casi una gloria del deporte en la ciudad. A Josué lo saludaba casi todo el mundo, y parecía que era un tipo bien popular también entre las mujeres. La misma Cristina lo trataba familiarmente, como si lo conociera de toda su vida. Delio se propuso abrir un poco más los ojos, porque le parecía que había algo que no le estaban contando y quería saberlo.

-§-